

BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA

DIRIGIDA POR DÁMASO ALONSO

II. ESTUDIOS Y ENSAYOS, 262

BRIGITTE SCHLIEBEN-LANGE

# INICIACIÓN A LA SOCIOLINGÜÍSTICA

VERSIÓN ESPAÑOLA DE  
JOSÉ RUBIO SÁEZ



BIBLIOTECA ROMÁNICA HISPÁNICA  
EDITORIAL GREDOS  
MADRID

© 1958 VERLAG W. KOHLHAMMER GmbH, Stuttgart Berlin Köln Mainz.

© EDITORIAL GREDOS, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1977,  
España, para la versión española.

Título original: *SOZIOLINGUISTIK. EINE EINFÜHRUNG.*

Depósito Legal: M. 18352-1977.

ISBN 84-249-0723-X. Rústica.

ISBN 84-249-0724-8. Tela.

Gráficas Cándor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1977. — 4641.

## PRÓLOGO

Al observador, tanto al profesor que maneja literatura didáctica como al estudiante que al introducirse en las distintas ramas de su especialidad no rara vez es la Sociolingüística la que más le interesa, podrá parecerles que de lo que aquí se trata es de una disciplina con un alcance bien delimitado —el de la relación entre lengua y sociedad— y una metodología de todos reconocida. Pues bien, no es precisamente éste el caso: las dos ciencias que en ella se asocian, la Sociología y la Lingüística, han actuado demasiado tiempo independientes y se han ido diversificando en exceso como para que ahora se realice en pocos años una fusión perfecta. Son falaces cuantas teorías de Sociolingüística hagan presumible tal posibilidad de fusión exenta de todo problema.

«El ensamblaje de estructura social, cultura y lengua que forma parte de los principios de Antropología filosófica, ha sido acogido en las ciencias sociales empíricas como un mero axioma que sigue sin explicación. Ante este axioma se doblegan casi todos los libros de texto de Sociología y Antropología cultural, pero está aún en sus inicios el conato de formular con precisión ese ensamblaje y de analizarlo explicando sus causas...» (Luckmann, 1969, pág. 1051).

- Descripción de situaciones.
- Un hablar adecuado a la situación (ligado/desligado).
- Fijación de intereses colectivos y de diferente índole (problemática de la comprensión).
- Diferenciación de actos lingüísticos<sup>167</sup>.
- Exteriorizaciones metalingüísticas.

Ad 3) La compensación lingüística no puede verse aislada de

- la escuela (enseñanza en grupo, orientación de proyectos);
- la familia (estilo educativo, dificultades de contacto al cambiar el código).

Por tanto, las reflexiones sobre la práctica escolar habría que cifrarlas ante todo en los siguientes puntos:

¿Qué diferencias lingüísticas pueden tolerarse? ¿Dónde hay prejuicios lingüísticos que puedan ser eliminados?

¿Qué facultades lingüísticas son indispensables para la polémica emancipatoria con la realidad social?

¿Cómo pueden transmitirse esas facultades (ejercitamiento de actos lingüísticos, vencimiento de la situación, juego planificado/juego de funciones, modelos de conflicto)?

¿Cómo hay que evitar el riesgo de la estrategia tecnocrática de la representación de intereses y de la retórica forense?

¿Cómo puede propagarse la enseñanza linguo-emancipatoria a la organización escolar y a la estructura social?

<sup>167</sup> Véase Habermas, 1971.

## PROBLEMAS DE LA SOCIOLINGÜÍSTICA

La reseña de los diferentes tipos de evolución experimentada por la Sociolingüística en los países mencionados estuvo inicialmente pensada como aportación a la historia de la ciencia. En esta segunda parte vamos ahora a intentar exponer sistemáticamente los problemas de la Sociolingüística y su ámbito objetual. Hay que distinguir de entrada dos clases diferentes de problemas y hay que tratarlos por separado: los problemas del objeto, es decir, aquellos problemas que se presentan en la convivencia de comunidades lingüísticas y grupos sociales, y por otro lado los problemas de la Sociolingüística como ciencia.

### PROBLEMAS DE LA CO-ACTUACIÓN CONCRETA DE LENGUA Y SOCIEDAD EN SITUACIONES HISTÓRICAS

Al bosquejar los campos de acción de la Sociolingüística convendrá primero hacer referencia a dos hechos:

1. El trabajo sociolingüístico empírico (lo mismo que el lingüístico y el sociológico) guarda siempre una relación con *situaciones históricas concretas*. En una —digamos por una vez— «Sociolingüística General» podrán presentarse ca-

tegorías para la aprehensión de la realidad sociolingüística (como la Lingüística, p. ej., dispone de las categorías de fonema, morfema, etc., y la Sociología de «función», «institución»). Pero el trabajo sociolingüístico consiste en desplegar esas categorías en el estudio de la situación histórica y, en la medida de lo posible, poner en tela de juicio las categorías mismas al examinar los resultados. Pero en ningún caso es posible transmitir, sin más, de una sociedad a otra o de una a otra época análisis de índole sociolingüística. Un ejemplo para ilustrar lo que quiero decir (que es precisamente muy significativo en la situación actual): la distinción entre código elaborado y restringido, manejado en parte bastante a la ligera. Pero hay que aclarar que esa diferencia primero sólo puede admitirse en la Inglaterra de los años 60 (en caso de ser suficientes para Inglaterra los resultados empíricos), y luego: que al observar esa diferencia posiblemente se trate en esos años (caso de que resultados similares de otros países apoyen la hipótesis) de un fenómeno de países altamente industrializados (con polarización de «blue/white collar jobs» —ocupaciones «de cuello blanco/azul»—, plena división del trabajo, etc.).

Pero lo inadmisible sería la crítica a los resultados de Bernstein a partir del estado de cosas en otros países. En ese sentido Oevermann criticó muchas veces a Bernstein. Pero esa manera de argüir pasa completamente por alto el carácter histórico-concreto del trabajo sociolingüístico. Los resultados en la República Federal de Alemania no tienen a efectos de crítica ningún valor directo para una descripción de los fenómenos ingleses. La consecuencia sociolingüística correcta sería la de comprobar ambos resultados y luego, cuando apenas pudiera dudarse ya de la contundencia de ambas pruebas, explicar las diferencias. Para tal explicación habría que traer a consideración probablemente,

entre otros factores, la tradición industrial de Inglaterra, más larga (con las diferencias que probablemente de ahí resultan en la estratificación social de la población) y la estructura más bien federalista de la República Federal que impidió que se formara e impusiera una lengua nacional. De esta suerte cabría aproximarse a una explicación del hecho de que en la República Federal se da la misma bipartición de forma más moderada, pero que además hay también otros subsistemas (dialectos, lenguas regionales elevadas) que desempeñan un papel importante.

En ningún caso puede presuponerse sin el menor reparo que en todas partes y épocas haya un código elaborado y otro restringido. Cuando se dice algo así, se trata con toda seguridad de un modo de hablar metafórico, que se presta fácilmente a falsas interpretaciones ahistóricas. Lo que sí cabe suponer es que haya habido siempre y en todas partes diferencias dentro de una comunidad lingüística —pero cada una de ellas deberá describirse y explicarse históricamente.

Lo que puede hacerse traslaticio a otras sociedades son las categorías generales de la descripción, como p. ej. dialecto, función, etc., pudiéndose entonces deducir que la categoría en cuestión no tiene ningún género de relevancia para la situación estudiada o bien que ella misma se halla históricamente ligada a una determinada forma de lengua o sociedad.

Una renuncia a la investigación histórica concreta ha de falsificar los análisis. Tratándose justamente de una Sociolingüística de intencionalidad crítica, no se puede ser suficientemente concreto y hay que prevenirse de autonomizar elementos descriptivos en sentido polémico. Como ejemplo de tal forma de proceder sirva el análisis de un texto periodístico berlinés en *Proyecto de Enseñanza para el Alemán*, 2 (Ide, 1972); Por razón del análisis (que determina

primero rasgos que son absolutamente restringidos también), dicho texto es calificado como chapucería de la clase dominante. El ser calificado de chapucería o mamarracho acaso corresponda a la realidad, pero la perfidia radica, en el texto analizado, en que se intenta conscientemente ofender la lengua y modo de pensar de la capa inferior. La manipulación se efectúa, pues, no por elaboración, sino por enfoque hacia la restricción. En este análisis, por tanto, se desprenden ciertas categorías descriptivas de su aplicación a situaciones históricas concretas y se autonomizan para convertirse en invectivas ahistóricas.

2. A continuación se hablará muchas veces de grupos y comunidades lingüísticas. Es evidente que se trata de una forma abreviada de hablar, por cuanto que en esos conceptos no aparece suficientemente el elemento constitutivo del actuar común y parecen confrontarse dos tipos de grupos estáticos. Esta forma de expresión abreviada e hipostasianta está fundamentada en la aún frecuente *separación de Sociolingüística y Pragmática lingüística*. La Sociolingüística se ocupa de la relación que guardan entre sí grupos de diversa índole, mientras la Pragmática lingüística se fija singularmente en la formulación de una teoría de la actuación lingüística y del estudio de los actos del habla. Volveré luego a referirme a esa división de tareas en el estudio de la relación que guarda la Sociolingüística con los campos colindantes.

Por consiguiente, ese hablar abreviado de grupos y sistemas refleja una situación insatisfactoria que podría neutralizarse estableciendo como centro de toda la investigación una teoría de la actuación lingüística que continuara la «Ethnography of Communication». La sistematización subsiguiente de los planteamientos sociolingüísticos va a

centrarse primero en la comunidad lingüística y luego en la nación como ejemplo de agrupación social.

#### HETEROGENEIDAD DE LA LENGUA HISTÓRICA

Vamos a estudiar qué subsistemas pueden darse dentro de una lengua histórica y qué relación guardan con las agrupaciones sociales.

Vayamos primero al concepto de lengua histórica. La «lengua» a secas, así, sin más ni más, no existe; forma parte de la esencia misma de la lengua<sup>1</sup> el revestirse de concretizaciones históricas determinadas, como puedan ser el «alemán», el «francés», el «ruso». Pero surge en seguida la cuestión que nos motiva y justifica a clasificar las lenguas de un modo determinado y a tratarlas como unidades. ¿Por qué decimos, por ejemplo, que el portugués y el español, el danés y el noruego son dos lenguas diferentes, mientras al árabe con todas sus variantes y al inglés (con su variante europea y americana) los consideramos como *una* lengua? Si en todos estos casos presupusiéramos una cuantificación de diferencias estructurales, resultaría que en el fondo de este tratamiento diferente no hay ninguna motivación concluyente de tipo cuantificable. La diferenciación de lenguas basada en el criterio de la discrepancia de sus características estructurales no es evidentemente consistente. Para la admisión de una comunidad lingüística tampoco sería criterio suficiente el de la intercomprensibilidad.

Así, por ejemplo, cabe muy bien pensar que un bávaro tenga dificultades en entender a un renano sin por ello admitir ni siquiera por un momento la existencia de dos len-

<sup>1</sup> Compárese Coseriu, 1967.

guas distintas. Sería más raro el fenómeno a la inversa: que los hablantes de dos comunidades lingüísticas diferentes se entiendan. Radica eso en que el sentimiento de pertenencia a una comunidad lingüística va asociado a fuertes sentimientos de «in-group» y erige barreras contra otras identidades. El hecho real de esa incomunicación, a pesar de las escasas diferencias lingüísticas, lo han estudiado sobre todo Haugen por lo que respecta a Escandinavia<sup>2</sup> y Wolff a Nigeria<sup>3</sup>.

Por lo dicho últimamente se demuestra ya cómo se forma la lengua histórica<sup>4</sup>: un grupo determinado la lleva y vive en la consciencia de su identidad. El mismo concepto de «lengua» (en su fenomenología histórica) es, por tanto, esencialmente social. Esta consciencia de la identidad puede ser puramente histórica o ideal<sup>5</sup> si a la comunidad lingüística no corresponde ninguna sociedad política o económica; en la mayor parte de los casos se apoyará evidentemente en una unidad política, económica y cultural<sup>6</sup>. Los criterios de la intercomprensibilidad y de la discrepancia estructural son derivados: por la consciencia de identidad se efectúa la delimitación hacia afuera en la forma del no entender<sup>7</sup>; por la vida común, en una comunidad lingüística se consolidan ciertos rasgos característicos de la lengua y se amplifican de inmediato nuevas tendencias hasta las mismas fronteras de la comunidad lingüística.

<sup>2</sup> Haugen, 1966 b.

<sup>3</sup> Wolff, 1959.

<sup>4</sup> Compárese Heger, 1969. «Beliefs and attitudes (...) powerfully affect not only where one language (dialect, etc.) ends and another begins but also the development of standard languages, vernaculars, creoles, pidgins, class dialects, varieties in diglossia, etc.» (Pride, 1971, página 64).

<sup>5</sup> Este es, por ejemplo, el caso del occitano en el sur de Francia.

<sup>6</sup> Véase pág. 29.

<sup>7</sup> Compárese Haugen, 1966 b.

Esta lengua individual histórica constituida por la consciencia de sus hablantes no es homogénea, como supusieron el estructuralismo y la Gramática Transformacional. La idealización de estas dos tendencias lingüísticas pone sus miras en la abstracción de una lengua funcional que sería descriptible, puesto que en ella funcionan por doquier las mismas oposiciones<sup>8</sup>. Pero la lengua individual concreta en su fenomenología histórica es heterogénea, y lo es en dos sentidos:

1. en cuanto presenta ella misma varios subsistemas;
2. en cuanto cada hablante dispone hasta un cierto punto de diversos subsistemas.

1. *Heterogeneidad de cada lengua histórica.*

Habrà que distinguir primero dentro de la misma lengua histórica diversos tipos de subsistemas, esto es, los que vienen marcados por las diferencias diatópicas (= dialectales), diastráticas (= sociolectales) y diafásicas (estilísticas)<sup>9</sup>. Eso no excluye que en situaciones históricas concretas coincidan dos o todas esas diferencias. Pero tal coincidencia sólo puede determinarse en el análisis concreto.

También en el plano de los diversos subsistemas se realiza la delimitación y fijación de la unidad por la consciencia de identidad de los respectivos grupos<sup>10</sup>. Así, por ejemplo, sólo se dan dialectos en la medida en que los hablantes de una determinada forma lingüística se miran como subgrupo de una comunidad lingüística. Grupos portadores de subsistemas lingüísticos son subculturas sociales conscientes de

<sup>8</sup> Véase pág. 40.

<sup>9</sup> Véase pág. 40.

<sup>10</sup> Compárese Heger, 1969.

su identidad de grupo para los cuales la identidad lingüística es, por otra parte, causa o medio (o las dos cosas) de su identidad de grupo<sup>11</sup>.

*Diferencias diatópicas.*— Hay subsistemas regionales que fueron modelándose de una manera natural en épocas de limitada comunicación espacial. La ciudad mercantil, jurisdiccional y estudiantil de una región era la que daba la pauta normativa con respecto al dialecto en cuestión. En la moderna sociedad industrial los dialectos pierden importancia porque las formas sociales basadas en la comunicación a pequeña distancia van retrocediendo cada vez más<sup>12</sup>. Los «mass media» y la movilidad profesional contribuyen a homologar las diferencias regionales. No quiere decir eso que las diferencias regionales desaparezcan por completo. Se está dejando sentir precisamente hoy cierta contracorriente frente a la civilización unitaria de la sociedad industrial con su alienante tendencia fundamental, cuyo símbolo puede ser perfectamente la entonación de las diferencias lingüísticas regionales. El alcance de la diferencia entre dialecto y lengua unitaria [nacional] puede ser muy variado: desde el dialecto relativamente cerrado pasando por la lengua coloquial de la región hasta el lenguaje elevado con un tinte de acento regional caben aún muchas fases intermedias.

*Diferencias diastráticas.*— Las subculturas han correspondido siempre a subsistemas lingüísticos, sean lenguajes técnicos o especializados que desarrolle un grupo profesional por determinadas necesidades a la hora de designar, sean lenguajes especiales de los que se sirven de antemano las

<sup>11</sup> Ver pág. 16.

<sup>12</sup> Consúltese Ammon, 1972.

subculturas (el lenguaje de germanía, el de los soldados y estudiantes) con vistas a fortalecer la cohesión interna y la delimitación hacia afuera<sup>13</sup>.

La sociedad industrial está caracterizada por una notable separación de las funciones en el proceso laboral, por la separación entre actividades planificadoras y manuales. Es plausible que a esta división del trabajo corresponda el desarrollo de distintas formas de comunicación. Esta diferencia entre actividad planificadora y manual es decisiva para formar ciertas normas de funciones y formas de comunicación, no entre capital y fuerza productiva. Los dos tipos de comunicación, que se forman como consecuencia de la división del trabajo, quiere captarlos la teoría del código lingüístico de Bernstein-Oevermann<sup>14</sup>. Está aún por explicar cuál sea el status que tiene el concepto del código mismo. ¿Se trata de dos subsistemas distintos dentro de una lengua histórica o de diversas preferencias de performance? La categoría del código resulta difícilmente concebible por el hecho de que Bernstein y Oevermann no la entiendan como subsistema lingüístico (como sería por ejemplo el «sociolecto»), sino que la introducen con una pretensión más elevada: la de instancia mediadora entre órdenes sociales y efectos cognitivos<sup>16</sup>.

Si se prescinde de la problemática interna del concepto de código, que psicológicamente se interpretará como instancia de gobierno o conducción y se quiere describir simplemente las diferencias lingüísticas de las dos formas lingüísticas de las capas específicas, se están entonces confrontando otra vez dos concepciones: la llamada concepción

<sup>13</sup> Ver pág. 16.

<sup>14</sup> Ver págs. 63-71.

<sup>15</sup> Hammarström, 1967.

<sup>16</sup> Ver pág. 68.

diferencial y la denominada deficitaria<sup>17</sup>. Según la concepción diferencial, que es la que se defiende sobre todo en Norteamérica apuntando al NNE (Negro Non-Standard English) y el SE (Standard English) se confrontan dos sistemas lingüísticos con reglas a su vez distintas. La hipótesis del déficit (Bernstein-Oevermann) admite que la lengua de la capa inferior actualiza únicamente una parte de la lengua total, quedando otra vez por saber si esa actualización parcial afecta ahora a la competencia o a la performance del hablante de la capa inferior. Si al código restringido se le designa como fenómeno de performance, entonces es como si cada hablante dispusiera virtualmente de todo el sistema lingüístico y pudiera igualmente escoger también otros procedimientos lingüísticos<sup>18</sup>. Pero de hecho el hablante del código restringido dispone justamente sólo de ese código restringido, es decir, que no sólo su performance, también su competencia está reducida<sup>19</sup>.

Ahora bien, por supuesto cabe admitir que la competencia de cada hablante es asimétrica, o sea, que ciertos elementos forman parte de su conocimiento pasivo de la lengua, pero que él nunca llegará a actualizar. Pero éste es un problema distinto a suponer que del acervo lingüístico general de una comunidad hablante se actualicen sólo determinadas partes.

Si se contraponen ahora la concepción diferencial y la deficitaria, saltará a la vista un fallo metodológico: que

<sup>17</sup> Dittmar, 1971; Dittmar, 1973.

<sup>18</sup> A menos que se conciba la actuación en sentido lato, sobrepuerto al de competencia, como lo hace Hymes, 1972 (consúltese página 45).

<sup>19</sup> El déficit se situaría, pues, dentro de la «langue», de la lengua histórica particular. Salta a la vista que la Sociolingüística suele partir del concepto de competencia del hablante individual para regresar a la «langue». Consúltese DeCamp, 1971.

ambas teorías han surgido en distintas situaciones histórico-sociales y, por consiguiente, sólo son adecuadas —en el mejor de los casos— a esas situaciones. Así, por ejemplo, el inglés de los negros en América contiene reglas efectivamente distintas (diferencia) del inglés standard, simplemente porque tiene otros orígenes históricos, por haber surgido probablemente de una especie de pidgin<sup>20</sup>. La situación de la lengua de la capa inferior en Inglaterra y Alemania no hay que compararla, sin más, con esa situación, ya que en el inglés y alemán de la capa inferior sencillamente no se realizan algunas posibilidades del nivel superior del lenguaje. Hipótesis que han surgido en situaciones completamente distintas son acertadas o falsas sólo con respecto a la situación respectiva, pero no se pueden discutir en el vacío.

*Diferencias diafásicas.*—Aun cuando se estudian comunidades lingüísticas relativamente homogéneas en el aspecto geográfico y en el social, pueden observarse todavía diferencias lingüísticas, diferencias de estilo. Sería, por ejemplo, la diferencia que media entre el tipo de lenguaje familiar y el oficial. Según la comunidad hablante cabrá distinguir diversos niveles estilísticos. Joos, en 1962, distingue, p. ej., cinco formas en el inglés: «frozen», «formal», «consultative», «casual», «intimate» (pág. 13)<sup>21</sup>. Estos niveles de estilo son elegidos en dependencia de las situaciones en la comunicación, temas, interlocutores, sectores y funciones de comunicación<sup>22</sup>.

<sup>20</sup> El estudio del pidgin (Hymes, 1971; ver pág. 117) ha tomado recientemente un gran auge por las supuestas conexiones con el origen del inglés de los negros.

<sup>21</sup> Consúltese Voegelin, 1960; Labov, 1966 b.

<sup>22</sup> Ver págs. 60 y sigs.

Como ulterior grupo de subsistemas habría que investigar también la lengua de varias generaciones, tanto en forma de bibliografías familiares por un lado, o bien como lengua de verdaderas subculturas, que por otro lado son precisamente generaciones.

Se indicó ya antes que esas posibilidades de subsistemas primero han de ser diferenciadas analíticamente, pero que los subsistemas individuales pueden coincidir también según comunidades hablantes. Ello depende sobre todo de la valoración de las correspondientes diferencias en la sociedad respectiva. Así, en determinadas formas de sociedad (centralismo político-cultural, alta movilidad económica) los dialectos pueden ser clasificados en una ínfima escala de valores y estimados luego como estigmatización de índole social. Esta coincidencia de lo regional con lo social en Francia es particularmente clara. En Alemania hay que distinguir entre Norte y Sur: en el norte del país (lo mismo que en Francia) el dialecto es visto más bien como lenguaje de la capa inferior; en el sur, en cambio, es perfectamente posible incluso en situaciones oficiales y entre gente de un nivel social bastante elevado hablar con un ligero matiz dialectal.

Las variantes regionales pueden a menudo hacer acto de presencia como niveles de estilo menos oficiales, algo así como lenguaje familiar. (Intersección diatópico-diafásica.)

Es asimismo posible que los sociolectos bajos en el lenguaje de las capas más elevadas representen el nivel de estilo menos forzado<sup>23</sup>. (Intersección diastrático-diafásica.)

<sup>23</sup> Esto implicaría también la hipótesis de Bernstein, la cual afirma asimismo que la capa media estaría perfectamente en condiciones de adaptarse a la conducta lingüística de la capa inferior, pero no a la inversa.

La evaluación de los tres tipos aducidos de diferencias varía de una sociedad a otra y debe estudiarse por separado en sus repercusiones sociales. También las decisiones de política escolar dependen de la valoración que de las diferencias lingüísticas se hace en la respectiva sociedad. Resulta muy dificultoso separar de juicios que tienen en consideración facultades comunicativas, realmente importantes (facultad de comunicación sobre espacios mayores con vistas al dialecto; representación del yo en el debate del código), los factores resultantes de valoraciones tan estereotipadas (desvalorización del dialecto; norma como signo de prestigio). Por lo que toca por ejemplo a la problemática del dialecto en la escuela, las decisiones pueden oscilar entre la educación de un lenguaje elevado ya en la edad preescolar (Francia) y la educación de tipo dialectal en las primeras clases de Enseñanza General Básica (Suiza). No faltan argumentos bien razonados contra ambos tipos de educación: el peligro de una alienación, cuando la formación de alto nivel lingüístico es iniciada demasiado pronto y el peligro del provincialismo cuando empieza demasiado tarde. Ciertamente que las decisiones de política escolar en este sector se toman generalmente a un nivel de argumentación mucho más bajo a causa de valoraciones emocionales.

Dos casos de extrema contracción funcional habrá que mencionar todavía: diglosia y pidgin.

*Diglosia*<sup>24</sup>. — El concepto de «diglosia» introducido por Ferguson está destinado a caracterizar una situación lingüística en la cual haya tenido lugar una división de la lengua en sentido diastrático y diafásico. La «high variation» [forma elevada del lenguaje] se emplea en los escritos ofi-

<sup>24</sup> Ver págs. 50 y sigs.

ciales y tiene un determinado prestigio fundamentado históricamente. La «low variation» [forma baja] se manifiesta sólo oralmente y es la que se utiliza en todas las situaciones de la vida cotidiana. Lo que no está del todo claro en la definición de Ferguson es si en el concepto de diglosia entran también implicaciones diatópicas. Parece ser que las «low variations» pueden muy bien subdividirse en variantes regionales (v. gr., el árabe y el suizo-alemán, por citar los ejemplos de Ferguson). Pero es evidente que su concepto de diglosia no implica el que las respectivas «low variations» deban estar delimitadas regionalmente. La cuestión de la diferenciación regional es más bien irrelevante para la situación de diglosia en el sentido de Ferguson; esta situación se halla ante todo presidida por el hecho de que una «high variation» va vinculada a determinadas funciones y tiene, además, un valor simbólico bien determinado. Este valor simbólico prepondera sobre todas las diferenciaciones regionales y a él precisamente se atienen todos. Así, por ejemplo, cada uno de los Estados árabes pudiera haber desarrollado tiempo ha unas normas regionales, si el árabe escrito no se hubiera mantenido como lengua del Corán y como lazo de la unidad árabe y si la vida lingüística de los países árabes no se viera presidida ante todo por esa bifurcación. Para cada uno de los Estados árabes es muchísimo más importante que el árabe escrito sea obligatorio para todos los trámites oficiales, que en el Estado vecino se utilice para la comunicación cotidiana otra variante regional.

*Pidgin*<sup>25</sup>. — Pidgins se llama a todas las formas de lenguaje que surgen con el fin de un entendimiento a corto

<sup>25</sup> Consúltese Hymes, 1971; Stewart, 1962.

plazo (comercio; tráfico) y que no son lengua materna de nadie. Esas formas híbridas que tienen una función comunicativa muy limitada se gestaron principalmente durante la época colonial en puertos y misiones comerciales. La Historia conoce formas de lenguas pidgins tales como la «lingua franca» (lengua híbrida a partir de elementos románicos y árabes empleada en la Edad Media, durante las Cruzadas, en el ámbito mediterráneo) y el «sibir» (hablado en el Norte de África). Un problema sociolingüístico especial es la interdependencia entre esas formas de comunicación temporal y las lenguas criollas, que son también formas híbridas, pero que son habladas como lengua materna por una población concreta. La teoría en este sentido más en boga<sup>26</sup> es la de que los criollos (lenguas maternas) proceden directamente de los pidgins (función marcadamente restringida). Pero habría que aclarar en qué se basan las transformaciones sociales de dicha amplificación funcional).

## 2. Competencia multilingüística del hablante individual.

Nos hemos venido ocupando hasta ahora de los subsistemas que pueden darse dentro de una lengua histórica concreta. Vamos a desviar ahora nuestra atención para concentrarla en el hablante individual. ¿Conoce él sólo un subsistema de su lengua materna, o cómo hay que imaginarse su competencia en ese sentido?

Es de suponer que la competencia de cada hablante es básicamente multilingüística o multilectal y que, por consiguiente, para su competencia es fundamental utilizar diversas variantes de una lengua o al menos poder identificarlas. Para la consciencia lingüística del hablante normal,

<sup>26</sup> Robert A. Hall, *Pidgin and Creole Languages*, Ithaca, N. Y., 1966.

la variedad de sistemas lingüísticos es un hecho muy importante. Así, todo el saber del «common sense» se ocupa en diversos sentidos del hecho de la multiplicidad o despliegue del lenguaje; en ello se basan no pocos chistes y relatos jocosos acerca de la ineptitud lingüística. Esa heterogeneidad de la competencia del hablante individual puede presentar dos aspectos diversos: o que domine activamente las diversas variantes o que posea al menos conocimientos pasivos<sup>27</sup>.

*Competencia multilectal activa.* — Todo hablante dispone de diversas variantes de su lengua materna con las que puede conectar («code-switching»). Así, por ejemplo, los estudios de Labov en Nueva York<sup>28</sup> demuestran cómo allí hablantes de todas las capas sociales distinguen perfectamente entre diversos estilos de lenguaje. Tal conexión [entiéndase cambio de estilo al hablar] se efectúa de acuerdo con la situación, el auditorio, el tema, etc.<sup>29</sup>. Puede tener lugar entre variantes regionales (suele ocurrir que un hablante domine un dialecto y la forma regional de la lengua culta), entre variantes sociales y entre variantes estilísticas, resultando posibles entre esos géneros de variantes cuantas intersecciones se quiera<sup>30</sup>. Esa facultad para el uso activo de varios subsistemas lingüísticos puede estar más o menos acusada según la forma social y la predisposición natural de cada hablante. En formas de sociedad relativamente cerradas y en las que rara vez se da un cambio del radio de comunicación (p. ej., sociedades agrarias cerradas), la facultad de permutar el código («code-switching») estará en

<sup>27</sup> Consúltese Troike, 1970.

<sup>28</sup> Labov, 1966 b.

<sup>29</sup> Ver págs. 60 y sigs.; consúltese Bausinger, 1966.

<sup>30</sup> Ver pág. 113.

la mayor parte de la población con toda seguridad menos desarrollada que en una sociedad en la que el individuo asuma funciones muy variadas y esté acostumbrado al manejo de sus normas, lo cual le irá confiriendo una notoria flexibilidad.

*Competencia multilectal pasiva.* — Siempre se dará una facultad más o menos grande para el «code-switching»; pero a la vez todo hablante dispone de cierta cantidad de conocimientos pasivos sobre otros subsistemas de su lengua. Su competencia es, por tanto, asimétrica. Estos conocimientos suelen estar a su disposición en forma de ecuaciones directas que él proyecta en contacto con otras formas del lenguaje y que posiblemente a su vez falsifica. Por ejemplo, cualquier alemán del sur conoce la palabra «Sonnabend» y podría reemplazarla como sinónimo por «Samstag» (sábado); pero él mismo no lo haría. Al cabo de una larga estancia en otra región dialectológica cabe ir asimilando considerables rasgos en la descodificación y conexión a la propia forma lingüística (p. ej., alemán: î = ei; û = au) sin que por ello se tuviera ya la capacidad de hablar el otro dialecto.

A través de los medios de comunicación de masas se entra en contacto con muchas palabras, que uno entiende (o cree entender), pero que no utilizaría y que quizás no supiera siquiera utilizarlas adecuadamente.

Este último fenómeno nos conduce a un problema que ha sido aún muy poco tratado y que de hecho resulta de muy difícil comprensión: ¿qué alcance tiene propiamente la competencia semántica de cada hablante?<sup>31</sup>.

<sup>31</sup> Consúltese Richter/Weidmann, 1969.

Lo que sí cabe determinar con relativa facilidad es si el hablante conoce ciertas coincidencias fónicas entre subsistemas lingüísticos o si puede cambiar incluso entre las diferentes variaciones fónicas. En este sentido hay ya realizadas numerosas investigaciones<sup>32</sup> con material fácilmente examinable. Sin grandes dificultades cabe señalar asimismo diferencias sintácticas. Pero sigue escapando todavía a la verificación y apenas si se han realizado intentos de ingeniar unos métodos adecuados para comprobar si las equivalencias semánticas que un oyente realiza siempre implícitamente corresponden de hecho a la intención del hablante. Concretamente por lo que respecta a los medios de comunicación de masas, pueden albergarse dudas sobre la transmisión semántica adecuada entre lector y oyente. Cuando a veces se afirma que la desventaja lingüística de la capa inferior no puede ser tan grande, que es compensada por el conocimiento al menos pasivo del lenguaje de los «mass media», esta argumentación malogra exactamente el núcleo de la problemática de las barreras lingüísticas, que por cierto hasta ahora no ha sido ni siquiera formulado con claridad. La primera forma de la altruidad y en las condiciones dadas de la desventaja de la capa inferior es la competencia semántica de diverso género. Sólo en segundo lugar podrá plantearse la cuestión de una sintaxis de características diferentes y posiblemente de las implicaciones a ella asociadas para dirigir la facultad cognoscitiva en uno u otro sentido. ¿Cómo comprobar las diferencias semánticas que se dan entre cada uno de los grupos de oyentes? ¿Son únicamente connotaciones aportadas desde los diferentes ámbitos de la experiencia, o es que se modifica la significación del signo

<sup>32</sup> Por ejemplo, Labov, 1963; Labov, 1966 b; Fischer, 1958; Levine/Crockett, 1966.

de un grupo a otro?<sup>33</sup> Si se admitiera esta última hipótesis, se entraría en conflicto con la teoría lingüística que admite precisamente una relativa constancia de la relación semiótica, es decir, de la relación entre expresión y contenido. En cómo se aborde siempre este problema estribará toda la discusión ulterior de la desventaja lingüística. Y desde luego es asombroso que esta cuestión central, evidentemente difícil de tratar, haya sido completamente marginada<sup>34</sup>. Llevado consecuentemente hacia adelante el problema aquí esbozado en torno a la Lingüística, se adentra en última instancia en la Sociología del saber<sup>35</sup>. Se trata de preguntarse cómo está distribuido el saber general de una sociedad en agrupaciones y estratificaciones sociales.

Al estudiar la heterogeneidad de la lengua histórica surgen todavía otros dos problemas estrechamente relacionados entre sí:

1. ¿Cómo se originan unas formas de prestigio lingüístico y cómo llegan a codificarse hasta convertirse en norma obligatoria? ¿Qué papel desempeña tal norma lingüística en una sociedad?

2. ¿Cómo se explica que las *actitudes* frente a los diferentes subsistemas dentro de una misma sociedad sean asombrosamente homogéneas a cualquier nivel de estratifi-

<sup>33</sup> Funk-Kolleg Sprache, 1973, vol. II, pág. 196.

<sup>34</sup> En las investigaciones realizadas hasta ahora se estudió casi exclusivamente las variables fonéticas y sintácticas, habiendo tenido un valor sobre todo simbólico los rasgos fonéticos, en tanto que las diferencias sintácticas tenían que señalar diferencias de las facultades cognoscitivas. Ahora bien, son las diferencias semánticas las que operan las desigualdades primarias, de modo que el paso a la Sintaxis y a su posible función mediadora sería propiamente secundario, puesto que en ese terreno las condiciones son aún más dificultosas, lo cual no ha sido considerado.

<sup>35</sup> Compárese Berger/Luckmann, 1967.

cación?<sup>36</sup> No deja de extrañar que una lengua histórica con todos sus subsistemas vaya acompañada de una red de valoraciones relativamente homogéneas.

Estos dos problemas son lo bastante importantes para dedicarles un capítulo a cada uno. Más adelante me ocuparé de ello con detenimiento.

#### CONVIVENCIA DE VARIAS LENGUAS EN UNA NACIÓN

Nuestras consideraciones vamos a desplazarlas a continuación desde el plano lingüístico al social. Nuestra atención se centrará no ya en la comunidad lingüística y su heterogeneidad en dependencia de factores sociales, sino en un grupo social<sup>37</sup> y en los problemas que de él van surgiendo a partir de las diferencias lingüísticas. Para la demostración de las diferencias de lenguaje dentro de un mismo grupo social hubiéramos podido elegir cualquier agrupación social, como pueda ser la familia, el municipio, etc.<sup>38</sup> Se ha elegido la nación como grupo de una sociedad especial, 1) porque el problema del nacionalismo-lengua es de especial envergadura ya desde el siglo XIX, y 2) porque problemas importantes de la política y planificación lingüísticas, que en la sistemática de los planteamientos sociolingüísticos ocupan un lugar preponderante, en otros grupos no aparecerían con tanto relieve.

Pero sea cual fuere la agrupación social que se elija siempre como punto de partida a la hora de estudiar sus

<sup>36</sup> Ésta es la tesis de Labov, 1966 b.

<sup>37</sup> El concepto de grupo cabe derivarlo de la categoría del actuar, y en este sentido vale decir que lo constituyen una cantidad de seres humanos interactuantes con frecuencia.

<sup>38</sup> Compárese la definición de la *speech community* (comunidad de habla) en la *Ethnography of Communication* (v. pág. 57).

diferencias lingüísticas internas, cabrá distinguir analíticamente dos esferas de problemas que se hallan estrechamente unidos entre sí y en una relación de condicionamiento recíproco:

1. Dificultades de comunicación «objetivamente» determinables<sup>39</sup>.
2. Lenguas y formas de lenguaje como símbolo de identidad y prestigio.

#### 1. *Diferencias «objetivamente» determinables y dificultades de comunicación.*

No hay nación completamente libre de diferencias lingüísticas, sean diferencias dadas dentro de la misma lengua<sup>40</sup>, sea que en su ámbito nacional convivan diversas comunidades hablantes. Las dificultades resultantes de esta convivencia se manifiestan más en el segundo caso, pero existen también en el primer caso, al menos latentes, y exigen asimismo unas decisiones de carácter político-lingüístico<sup>41</sup>. A nosotros nos ocupará aquí el segundo caso: el de la convivencia de varias comunidades lingüísticas dentro de una misma nación.

Para el Estado, el problema se plantea en principio como sigue: en atención a su propia importancia, los pertenecientes a los distintos grupos lingüísticos tendrían que ser plenamente capaces de informar y expresarse, y la movilidad social y local no debería verse impedida por barreras lingüísticas. Eso significa, por consiguiente, que la capacidad

<sup>39</sup> Se trata por supuesto de una objetividad condicionada, ya que implica a la persona del observador y, por otra parte, también las diferencias «objetivas» pueden tener sus causas en actitudes.

<sup>40</sup> Véanse págs. 110-115.

<sup>41</sup> Ver págs. 101 y sigs. y págs. 132 y sigs.

de expresión (en lenguas regionales) y el radio de comunicación de todos los ciudadanos de un Estado deberían ser equiparables en el caso ideal. En el caso de las pequeñas naciones se suma aquí otro problema: la conexión al desarrollo científico y cultural de las naciones mayores, es decir, la integración, por tanto —desde un punto de vista lingüístico—, a una red de comunicación trascendente.

¿Cómo conseguir estos tres objetivos?

— Conservando la identidad de los grupos lingüísticos (de ella se hablará detenidamente en 2).

— Asegurando la capacidad de expresión y movilidad.

— Conectando con redes de comunicación extensas. Sobre cuál sea la mejor manera de unificar y alcanzar esa conexión, todavía no se ha establecido unidad de criterio. La cuestión estriba en saber qué se aprecia más: si la conservación de la identidad o bien la capacidad de expresión y movilidad. La misma evaluación tiene en cada caso profundas razones históricas que van más allá de la pura cuestión lingüística. Pero aun cuando hubiera acuerdo sobre la más elevada valoración de la facultad expresiva (en lenguas regionales) y de la movilidad, volvería a plantearse la cuestión de la consecución de ese objetivo: el aprendizaje intensivo primero de la propia lengua de grupo, ¿es favorable para una capacidad de expresión idiomática generalmente elevada, también en una segunda lengua que se aprenda más adelante, o es que hay que empezar cuanto antes aprendiendo la lengua estatal?<sup>42</sup> Esta cuestión no queda de ningún modo aclarada por la Psicolingüística, y su discusión se ve complicada por valoraciones que se interfieren continua y necesariamente.

<sup>42</sup> Véase arriba.

Los Estados tienen diversas posibilidades de solucionar el problema lingüístico. Las dos posibilidades extremas serían<sup>43</sup>:

1. Biviabilidad y pluriviabilidad total: esto es, que todos los asuntos oficiales sean tratados por igual en todas las lenguas del Estado (p. ej., Suiza). Eso quiere decir además que los comunicados políticos, las negociaciones judiciales, la comunicación de masas, escuelas, etc., son accesibles en igual medida a todos los grupos lingüísticos.

2. Rigurosa imposición de la lengua estatal (p. ej., Francia): todas las funciones oficiales y semioficiales son transmitidas por la lengua nacional. Las lenguas de grupos pueden en todo caso sobrevivir en familia y en el lenguaje coloquial entre amigos, siempre con un carácter informal. Pero como los sectores oficiales (escuela, comunicación de masas) penetran profundamente en ese ámbito informal, acabará por imponerse también ahí la lengua nacional.

Entre esas posibilidades de solución extremas hay una serie de soluciones intermedias, en las que los grupos lingüísticos minoritarios pueden mantener al menos una relativa autonomía. Al estudiar esas divisiones funcionales es lógico dividir varios sectores y examinar qué lenguas son las que en cada nación se asigna a cada uno de los sectores y ver si es que cada sector está abierto a una sola lengua. Fishman<sup>44</sup> distingue los siguientes «*language domains*»: familia, calle, escuela, iglesia, literatura, prensa, ámbito militar, ámbito judicial y dominio administrativo. En la Sociolingüística americana se han realizado numerosos ensayos

<sup>43</sup> Aunque esas dos posibilidades de solución son tan extremadamente distintas, el resultado en cuanto a la continuidad de la lengua no es tan distinto. Así, el rético en Suiza (Wunderli, 1970), y el occitano en Francia (Schlieben-Lange, 1971) se hallan por igual en receso.

<sup>44</sup> Véase pág. 61, nota 90.

presentando tipologías de la relación entre nación y lengua basándose en estudios por dominios como los citados<sup>45</sup>.

La distribución de lenguas y dominios sociales está parcialmente regulada por la ley. El determinar *de facto* socialmente la elección de una u otra lengua trasciende, no obstante, a lo dispuesto por la ley, aunque en parte también es un hecho que debe considerarse en dependencia de ello, al menos parcialmente. Así, por ejemplo, la lengua escolar legalmente establecida hallará también entrada en la familia. Ya hemos hablado en varias ocasiones de tales posibilidades de elección transmitidas socialmente<sup>46</sup>. Con frecuencia son necesarias varias decisiones (que por supuesto hay que separar analíticamente) para determinar la elección de una lengua. Sirva de ejemplo el siguiente esquema decisorio<sup>47</sup>:

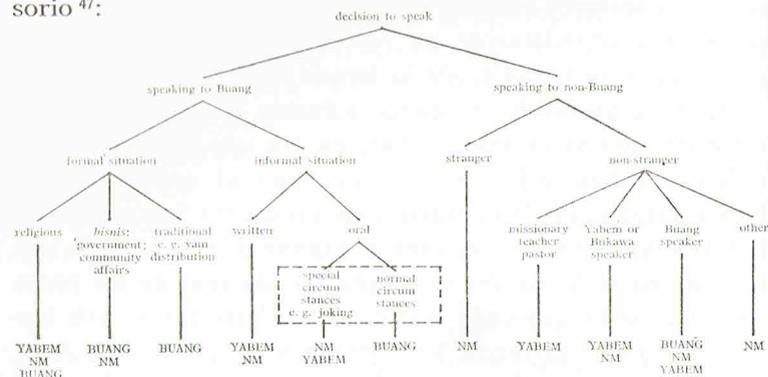


Figure 1. Factors constraining code choice for the Buang.  
(NM = Neo-Melanesian,

... indicates optional distinction discussed on page 44.)

(Sankoff, 1971, pág. 39)

#### GRÁF. 5

<sup>45</sup> Por ejemplo, Kloss, 1967, y otros.

<sup>46</sup> Ver págs. 61 y sigs.

<sup>47</sup> Compárese Tanner, 1967; Ervin-Tripp, 1969.

En dichas decisiones toman parte: 1) asignaciones nacionales por sectores (escuela, juzgado...); 2) disposiciones de comunicación que sólo en parte derivan de ahí, pero que son claramente experimentables, y 3) valoraciones deducibles, en parte con fundamentación histórica que han persistido y han llegado a autonomizarse independientemente de las condiciones de comunicación.

Nótese aquí al margen que a las diversas intenciones de solución para naciones multilingüísticas en el plano del individuo pueden corresponder diversas formas de bilingüismo<sup>48</sup>.

Volvamos una vez más a los problemas que se le plantean a un Estado con el problema de los subgrupos y minorías lingüísticas. La misión del Estado con respecto a la lengua debería ser la de fomentar la capacidad de expresión idiomática de todos los ciudadanos y la movilidad (esto es, un amplio radio de comunicación) de todos los grupos de población. Que esta tarea no se presenta fácil, se deduce ya de las consideraciones hechas hasta ahora. Habrá que señalar aún dos problemas:

1. El asegurar la igualdad de oportunidades lingüísticas debe orientarse como una exigencia de la política escolar de una nación. Tal exigencia afecta en primer lugar a la situación desventajosa en que se hallan niños de determinadas capas sociales. Este problema es tratado con detalle en diversos puntos de este libro<sup>49</sup>. Pero habría de aparecer aún más clara en la consciencia otra dimensión: la formación lingüística de los trabajadores extranjeros y de sus hijos<sup>50</sup>. En este caso el legislador debería defender a los

<sup>48</sup> Ver pág. 52, nota 68.

<sup>49</sup> Ver págs. 81 y sigs. y págs. 176-180.

<sup>50</sup> Véase pág. 68.

grupos minoritarios contra los intereses de la industria y en parte contra su propia falsa autoestima y fomentar una política lingüística sensata que pusiera sus miras en la plena capacidad expresivo-idiomática de los operarios y no perdiera de vista el asegurar la movilidad a la generación de inmigrantes que va creciendo. Es evidente que también en este punto debe desempeñar un papel el postulado de la salvaguarda de la identidad tratándose de decisiones políticas.

2. Al fomentar la «igualdad de oportunidades» se presentará en seguida el problema de la tolerancia de las normas<sup>51</sup>. Se enfrentan dos intereses susceptibles de defensa:

- la eliminación de prescripciones normativas infundadas y de la internalización de esas prescripciones como prejuicios que se hacen independientes y que nada aportan con respecto a la facultad de articulación y comprensión;
- la garantización de una lengua unitaria relativamente homogénea que puede servir precisamente de base para transmitir información, expresar los propios intereses, etcétera, y que supera el radio de comunicación limitado de las lenguas individuales o sublenguas.

El equilibrio entre esas dos metas significativas, la eliminación de prejuicios por un lado y la restricción de variaciones inhibitorias de la comunicación por otro, es extremadamente precario y exige una interpretación funcional de las normas distinta a la que todavía se halla difundida entre nosotros.

<sup>51</sup> Ver págs. 137-140.

## 2. La lengua como símbolo identificativo y de prestigio.

El segundo punto de vista importante en el estudio de la relación de grupos y lenguas es el valor simbólico de éstas para la existencia y cohesión de los grupos. La identidad de grupos, su dinámica y su arraigo simbólico están aún demasiado poco estudiados<sup>52</sup>; es seguro que hay analogías con la consciencia de identidad del individuo transmitida simbólicamente.

«Se forman grupos en torno a unos puntos de coincidencia y surgen luego clasificaciones nuevas sobre la base de otras experiencias comunes. La formación de un grupo humano es, por consiguiente, un asunto simbólico y no físico» (Strauss, 1959/1968, pág. 162).

La consciencia identificativa de grupo tiene dos caras: 1) la cohesión hacia dentro, la consistencia simbólicamente transmitida del «in-group», y 2) la delimitación hacia fuera, contra otros grupos<sup>53</sup>. A partir de esta notable identificación de grupos y lenguas se derivó en el siglo XIX como su símbolo identificativo el requisito de que en el caso ideal las fronteras de un Estado habrían de coincidir con las fronteras lingüísticas. Así, pues, la orientación hacia ámbitos lingüísticos y la equivalencia nación = comunidad hablante ha dado lugar a los Estados de los Balcanes y ha desempeñado un papel fatal en la evolución del nacionalismo y finalmente del fascismo. Mussolini y Hitler veían por doquier «irredenta», territorios lingüísticos dominados por fuerzas ajenas, extrañas a ellos, y pudieron seguir edificando en el sentido de la incontestancia de la identificación entre lengua y nación.

<sup>52</sup> Compárese Strauss, 1959.

<sup>53</sup> Véase pág. 15.

La exigencia o aspiración a la autorrealización dentro de una nación propia sigue siendo cuestión palpitante en muchos puntos de Europa, por ejemplo en las controversias lingüísticas que una y otra vez resurgen en Yugoslavia y en España. En todos esos casos entran también en el juego del litigio idiomático otros factores, por ejemplo la religión<sup>54</sup> y la estructura económica; pero el argumento fundamental continúa siendo el derecho de la comunidad hablante. En forma algo distinta se repite el problema nación-lengua en los jóvenes Estados africanos y asiáticos; de ello trataremos más adelante con detenimiento. Aunque no siempre se aspira a la realización dentro de una nación independiente, sí es casi generalmente reconocido el derecho a la protección como grupo minoritario y a la autorrealización al menos dentro del marco regional<sup>55</sup>, lo cual además está arraigado en los derechos fundamentales de algunas naciones. Hay que notar que algunas minorías lingüísticas suelen identificarse mucho más intensamente con su lengua de lo que es el caso en grandes naciones, puesto que la lengua como símbolo identificativo es la única posibilidad de auto-definición, cuando no pueden presentarse resultados económicos, formas de administración, etc., comunes<sup>56</sup>.

<sup>54</sup> Las iglesias son un factor sociolingüístico fundamental. Piénsese, por ejemplo, que en los Balcanes a nacionalidades particulares = comunidades lingüísticas corresponden confesiones distintas. Piénsese en el papel que desempeña la iglesia en el robustecimiento del catalán. Y, en fin, es la comunidad de religión la base del judaísmo y secundariamente también de sus manifestaciones lingüísticas (compárese Weinreich, 1953).

<sup>55</sup> Compárese Kloss, 1969.

<sup>56</sup> «Es sabido, asimismo, que suelen resultar lingüísticamente conservadoras, no sólo las comunidades de amplia cultura extralingüística, sino también las comunidades para las que la lengua es el único o casi el único bien cultural, pues para éstas la defensa de la tradición idiomática coincide con la defensa de su propia individualidad» (Coseriu, 1958, pág. 67).

En el caso de minorías lingüísticas o de una dicotomía como la que se verifica entre lengua popular y lengua estatal (sea, p. ej., el caso de Paraguay)<sup>57</sup>, se da una diferente evaluación simbólica de las dos lenguas: la lengua estatal simboliza el *poderío* (forastero); la lengua del país simboliza la identidad de grupos y está basada en su *solidaridad*<sup>58</sup>. Este valor simbólico diferencial de las dos formas de lenguaje —«lenguaje del poderío»/«lenguaje de la solidaridad»— desempeña también un papel importante en el debate de las diferencias lingüísticas condicionadas por la capa o nivel social<sup>59</sup>. El problema de las minorías lingüísticas, como también el de las capas sociales bajas, es parecido: es el de cómo realizar la igualdad de oportunidades (en el sentido arriba esbozado) sin que los miembros de los grupos pierdan su identidad, se sientan extraños, ajenos a su grupo y, por consiguiente, no estén ya en condiciones de solidarizarse con su grupo.

Los problemas de la tarea («language shift») o bien del mantenimiento («language maintenance») de islas lingüísticas, grupos minoritarios, etc., sólo pueden tratarse como problemas de la consciencia de grupo, que tiene su símbolo y su vehículo de solidarización en la lengua. A la hora de explicar los problemas lingüo-sociales habría que tener en cuenta —mucho más de lo que hasta ahora se viene haciendo— el fenómeno de la asimilación cultural<sup>60</sup>. En ambos casos (cultura y lengua) se trata ciertamente del problema de una imagen de sí mismo que va mudándose. En ese punto hay que considerar que la misión de una lengua no debe, en modo alguno, verse enmarcada en la dinámica de

<sup>57</sup> Compárese Rubin, 1968 a; Rubin, 1968 b; Rona, 1966.

<sup>58</sup> Esta función de la lengua la llama Luckmann, 1969, «fática».

<sup>59</sup> Véase pág. 94.

<sup>60</sup> Véase pág. 47, nota 55.

autodefinición; también tradición y conservadurismo van definiéndose siempre en un entorno social cambiante; no son, por consiguiente, mera inercia, sino que tienen su propia dinámica<sup>61</sup>.

Cuando las necesidades comunicativas se ven por completo cubiertas por la lengua estatal, pero por otra parte la lengua minoritaria ha perdido su fuerza solidarizante, su valor simbólico, que por su lado podría conducir también a nuevas acciones políticas o económicas, entonces lo que falta es el grupo que se define a sí mismo con la ayuda de la lengua en cuestión: la lengua se extingue, cae en desuso.

### 3. *Un ejemplo: los jóvenes estados africanos*<sup>42</sup>.

Van a tratarse a continuación en este capítulo problemas de la *política y de la planificación lingüística* utilizando como ejemplo el de los jóvenes estados africanos. En esta extrañación y actualización de la perspectiva aparecen examinables, comprobables y quizás hasta revisables en su intención política muchas decisiones que en Europa, llevando tanto tiempo de tradición sacrosanta, han escapado a la crítica y a la comprensión en cuanto decisiones *políticas*.

La situación lingüística en África (excepto África del Norte y del Sur) se presenta como sigue: hasta el día de su independencia las escuelas y la administración fueron dirigidas por las naciones colonizadoras y en la respectiva lengua europea. Existen, además, lenguas africanas de extensión suprarregional, que sirven sobre todo para el comercio y que en los casos más raros presentan una tradición propia. Hay que distinguir ahí entre las lenguas variadísimas de

<sup>61</sup> Consúltese Bausinger, 1969.

<sup>62</sup> Consúltese Rice, 1962; Le Page, 1964; Whiteley, 1971.

la costa occidental (ewe, haussa, etc.), por un lado, y el bloque relativamente uniforme de las lenguas bantúes, por otro (África Central), donde hay por cierto también grupos lingüísticos bien definidos (lingala, kikongo, kisuaheli), pero que están manifiestamente emparentados entre sí. Finalmente están las lenguas aborígenes, pero no tienen validez suprarregional. El panorama lingüístico de África queda, pues, estratificado a tres niveles: junto a una lengua internacional, que muy pocos habitantes dominan, existe una lengua africana suprarregional, cuyo conocimiento se halla bastante difundido, y por último una tercera lengua nativa bien limitada a cada región<sup>63</sup>.

Ahora bien, las decisiones lingüísticas han de tener diversos objetivos:

1. No debe abandonarse por pérdida ni alcanzarse únicamente la vinculación a la ciencia y técnica europea y americana. Ha de evitarse el aislamiento lingüístico.

2. Por otro lado, la lengua estatal tiene un valor simbólico muy marcado para la autodefinición de la joven nación. Ese encuentro de sí mismo puede estar asociado a una tradición africana o a un principio cuasi-federalista de varias lenguas.

3. La tradición ha de seguir realizándose de modo que no se sientan perjudicadas grandes porciones poblacionales de la joven nación (lo que ocurría, p. ej., al comienzo de la Guerra de Biafra).

4. Debe concebirse un radio de comunicación lo más amplio posible y evitarse la alienación completa de buena parte de la población.

En las decisiones de política lingüística se concede sin duda la máxima importancia a la cuestión del valor simbó-

<sup>63</sup> Consúltese Nida/Wonderly, 1971.

lico (= 2; «symbolic value as a means of group identification», Nida, 1971, pág. 61)<sup>64</sup>. En general se presupone que, de elegirse hábilmente la lengua africana solidarizante y aprobarse al ser introducida como lengua estatal, la misma fuerza solidarizante se convierte en un factor de poderío, el cual dirige por su parte las decisiones económicas y políticas en el sentido de una política autónoma, que pronto se libera de todos los lazos europeos.

Pero el punto que sigue en importancia es ya la cuestión de cómo obtener y mantener la conexión con el desarrollo tecnológico-científico. Así, en la mayoría de los Estados africanos, junto a la lengua estatal nativa, cuyo objetivo es el de posibilitar la autodefinición nacional, ha de mantenerse o introducirse, además, una lengua europea (generalmente la antigua lengua colonial), con lo cual el status y la relación de las dos lenguas entre sí varía en los diferentes Estados. La actividad propiamente *planificadora del lenguaje* empieza cuando se toman las decisiones políticas que, por repetirse una vez más, atienden 1) al valor simbólico y 2) la «eficiencia» («efficiency») e instrumentalidad («instrumentality») y han de fijar las prioridades dentro de ese cuadro. La lengua africana elegida por su validez suprarregional aparece relativamente uniforme (y se partirá naturalmente de esa forma suprarregional, no de las lenguas aborígenes más notablemente diferenciadas); mas para satisfacer las pretensiones de una lengua basada en un sistema moderno de administración y formación, las decisiones políticas han de cumplirse mediante actividad lingüística. Tres son las tareas a realizar<sup>65</sup>:

— Grafización: generalmente no aparece ninguna forma escrita. Hay que inventar, por tanto, una escritura adecuada,

<sup>64</sup> Fishman, 1971 c; Nida/Wonderly, 1971.

<sup>65</sup> En este punto sigo a Ferguson, 1968.

primero para que la lengua en cuestión pueda utilizarse en su forma escrita (escuela, periódicos, administración), y segundo, para alcanzar cuanto antes el valor prestigioso de lo escrito frente a la forma meramente oral<sup>66</sup>.

— Estandarización: ha de decidirse una forma determinada o una fórmula de compromiso partiendo de diferentes dialectos, y la forma de lengua escogida habrá de fijarse luego en gramáticas y léxicos. De los procesos en la codificación de lenguas trataremos más adelante con detalle (2.1.3.).

— Modernización: la forma lingüística que utiliza una sociedad agraria como lengua comercial ha de aprovecharse y hacerse traslaticia a los elementos y problemas de una sociedad industrial, incorporando sobre todo elementos léxicos para la información y comunicación.

En el ejemplo de los jóvenes Estados africanos había que dejar en claro que las decisiones concernientes a la lengua son decisiones políticas que han de tener bien en cuenta el equilibrio entre las necesidades de comunicación objetivas por un lado y los mecanismos para la identificación de grupos por otro. Las actividades concretas de planificación del lenguaje podrán derivarse de las previas determinaciones políticas.

#### LA CODIFICACIÓN DE LENGUAS<sup>67</sup>

En nuestra sistematización de las tareas de investigación de la Sociolingüística hemos topado una y otra vez con el problema de la codificación de lenguas, tanto si par-

<sup>66</sup> Consúltese Ferguson, 1968.

<sup>67</sup> Para orientación: Moser, 1968; Beneš/Vachek, 1971; Schlieben-Lange, 1971 b; Garvin, 1959; Ray, 1963.

tíamos de la comunidad hablante y determinábamos la norma lingüística<sup>68</sup> dentro de una comunidad en tanto que forma de lengua con especial prestigio, como si tomábamos como punto de partida el grupo social que se decide por una forma lingüística concreta basándose en requerimientos comunicativos y en la significación simbólica<sup>69</sup>.

#### NECESIDAD DE LA LENGUA UNITARIA

Dentro de una sociedad o de un grupo cabe fundamentar perfectamente la necesidad de una lengua unitaria suprarregional que vaya más allá de los subgrupos. Los elementos individuales de dicha fundamentación los hemos indicado ya<sup>70</sup>. Recapitulemos una vez más las razones más importantes (que por su parte descansan naturalmente sobre determinadas premisas políticas):

1. Los miembros de una sociedad tienen derecho a informarse suficientemente tanto sobre el acontecer cotidiano como sobre las condiciones de vida y sobre los progresos que experimenta la ciencia y la técnica. Quiere esto decir que todas las informaciones (al margen de informaciones parciales de familias y regiones) han de ser presentadas en

<sup>68</sup> Hay que distinguir aquí entre la norma como realización del sistema, o sea, como lo que ya ha sido dicho (Coseriu, 1952) y la norma prescriptiva que toma como ejemplo una determinada forma lingüística. De esta última hablamos aquí.

<sup>69</sup> Tal norma sanciona una estructura de prejuicios bien concreta, como ocurre necesariamente con cada lengua. Las normas prescriptivas son, por naturaleza, ahistóricas y abstraen las lenguas de la historia. Esta ahistoricidad inmanente se ve algo lenizada por una «norma permutable» (*gleitende Norm* la llama Moser, 1968) o una nueva concepción funcional de norma (Beneš-Vachek, 1971), pero no llega nunca a eliminarse del todo.

<sup>70</sup> Véase pág. 123.

una forma lingüística unitaria. Por supuesto, no significa eso que el derecho a la información no deba implicar también otros requisitos previos: la susceptibilidad de revisión y comprobación de los medios de información de masas; la accesibilidad de las informaciones necesarias en la dirección técnica de empresas, en el ámbito científico.

2. Los miembros de una sociedad han de poder expresar efectivamente sus intereses. Claro que eso tampoco depende sólo de la instauración de una lengua unitaria y de una formación lingüística adecuada.

3. Ha de garantizarse la plena libertad de cambio de establecimiento o residencia tanto en sentido geográfico como profesional. Condición fundamental para ello es que todos los miembros de una sociedad puedan entenderse en todas partes sobre la base de una lengua unitaria.

#### DECISIONES SOBRE LA LENGUA UNITARIA

Ya la misma decisión con vistas a la lengua unitaria dependía de ciertas resoluciones políticas preliminares (definición de las fronteras de los grupos, etc.). Ahora bien, hemos dicho<sup>71</sup> que cada lengua proporciona una determinada estructura precrítica, hace necesariamente ciertas distinciones y deja de hacer otras. La decisión de los políticos y planificadores en materia lingüística ha de seleccionar, pues, una determinada estructura precrítica de lenguaje y declararla lengua unitaria. Esas decisiones vienen predefinidas en cierta medida por la tradición y la historia; son en todo caso ideológicas y no pueden en absoluto ser de otro modo (v. África). Así, por ejemplo, hay que tomar la decisión en favor de una determinada región, la cual ha de servir de modelo a la lengua unitaria o decidirse por

<sup>71</sup> Véase nota 69. Compárese Whorf (ver pág. 17).

una determinada capa social o por la consideración o no consideración de ciertos elementos de la tradición<sup>72</sup>.

El condicionamiento político general de la actividad codificadora, ya desde sus consecuencias lingüísticas (grafización, estandarización, modernización) hasta las decisiones individuales, podría estar fuera de toda duda.

#### NORMA LINGÜÍSTICA COMO CONTROL SOCIAL

En ocasiones<sup>73</sup> se ha designado últimamente la normalización lingüística como una forma de control social. Y eso, sin duda, es acertado; pero el concepto sociológico de «control social» precisa una explicación previa. Se trata del concepto opuesto a la «anomia» (Durkheim), con el que se designa el estado de ausencia total de normalización y de orientación social en que se basaría, por ejemplo, el suicidio<sup>74</sup>. El que haya ejemplos de control social viene, en cambio, a significar que la vida de la sociedad sigue siendo normativa y que, por consiguiente, está ordenada para el individuo y es susceptible de examinación en su conjunto. Lo que no puede darse en un sistema de control social que funcione bien son conflictos normativos y ambivalencias en las funciones. Por consiguiente, el concepto es ya de entrada en cierto sentido absolutamente positivo en la medida en que como control asegure un mínimo de orientación en la vida social y en tanto en cuanto ejerza una importante función de descarga. Pero asimismo está fuera de duda que el

<sup>72</sup> Así, por ejemplo, para la normalización de todas las lenguas románicas se plantea la cuestión de hasta qué punto deba acentuarse la influencia de la latinidad (verbigracia, a la hora de seguir un criterio ortográfico ajustado o no a la etimología; o en el punto de las construcciones sintácticas latinas).

<sup>73</sup> Hartig/Kurz, 1971.

<sup>74</sup> Emile Durkheim, *Le suicide*, París, 1895.

concepto de control social contiene ciertos elementos de perversibilidad. Se apunta que la garantía del orden y la susceptibilidad de interpretación cierran el paso a la posibilidad de seguir preguntándose acerca de ese orden. Y se prosigue señalando en el mismo concepto que es alguien (un grupo, una capa social) el que ejerce ese control creando las normas reguladoras de la realidad sin justificarlas.

La normalización de la lengua es en ese sentido evidentemente un sistema de «control social» por cuanto que las actividades son ordenadas con criterio lingüístico, pero también en tanto en cuanto pueden autonomizarse los principios de orden. Esa autonomización de la norma lingüística, la cual ya no puede preguntarse más sobre su utilidad social y las previas decisiones ideológicas que han conducido a ella, es a veces de muy amplio alcance. Los juicios acerca de la corrección y belleza lingüísticas suelen estar teñidos de una fuerte dosis emocional. La norma lingüística y su mantenimiento suelen convertirse en símbolo de la resistencia contra la anomia que está al acecho.

#### ACEPTACIÓN DE LA NORMA

Otra cuestión sociolingüística es la que se plantea con miras a la lengua unitaria normalizada o la que se plantea cada vez que se acepta una innovación lingüística. ¿Qué premisas deben darse o crearse para que la innovación sea acogida por la inmensa mayoría?<sup>75</sup> Cabe pensar en dos razones primordiales que obstaculicen el proceso de aceptación:

- 1) un sistema de información deficiente (o también un sistema deficiente de enseñanza);

<sup>75</sup> En este punto habría que tener más en cuenta el estudio sociológico del fenómeno innovador y difusor. Compárese, por ejemplo, Elihu Katz, Martin L. Levin, Herbert Hamilton, *Geschichte und Stand der Diffusionsforschung*, en Badura/Gloy, 1972.

- 2) decisiones desacertadas en política lingüística (como pueden ser: demasiado escasa atención a las condiciones de las posibilidades reales; subestima de una sociedad muy tradicional, etc.).

*ATTITUDE (ACTITUD)*<sup>76</sup>

En el curso de nuestra exposición nos han salido repetidamente al paso contextos que guardan relación con la actitud y con la valoración. Pensemos en la Sociolingüística norteamericana, en el tratamiento que da Fishman a las minorías lingüísticas y el papel que desempeña la actitud del grupo en el mantenimiento o abandono de una lengua<sup>77</sup>; pensemos en la «*matched guise technique*» de Lambert, que brinda un instrumentario muy evolucionado para descubrir la autoestima y xenoestima de los miembros de diversos grupos lingüísticos<sup>78</sup>, en las investigaciones de Labov que tanto en Martha's Vineyard como en Nueva York establece junto al sistema propiamente dicho de variaciones lingüísticas socialmente condicionadas un sistema relativamente homogéneo de opiniones sobre ese sistema linguosocial<sup>79</sup>, en la investigación de Gumperz-Blom en Noruega a lo largo de la cual se apreciaron notables diferencias entre opiniones acerca del comportamiento lingüístico y comportamiento realmente observable<sup>80</sup>. Pensemos en el debate de las barreras lingüísticas sostenido en Inglaterra y en Alemania, en

<sup>76</sup> Para orientación: Fishman/Agheysi, 1970. Un «reader» (libro de introducción) para las cuestiones de medición es el de Fishbein, 1967.

<sup>77</sup> Véanse págs. 51, 131.

<sup>78</sup> Véase pág. 52.

<sup>79</sup> Véanse págs. 53-57.

<sup>80</sup> Véanse págs. 58 y sigs. Compárese Gumperz, 1966.

el que la cuestión del valor simbólico de ambos códigos juega un papel muy importante<sup>81</sup>.

También en la exposición sistemática de los problemas de la Sociolingüística nos veníamos planteando la cuestión de las interdependencias de valoración y actitud. No podía siquiera establecerse la definición y delimitación de una lengua y de un dialecto sin recurrir a la autodefinition del grupo respectivo<sup>82</sup>, y tampoco la cuestión acerca de formas de prestigio y finalmente formas de lengua que constituyen norma<sup>83</sup>.

Debemos, por tanto, estudiar atentamente la axiología de la lengua y del comportamiento que de ella deriva, si bien bajo un título que no es del todo acertado, porque designa sólo uno de los posibles enfoques del problema abordado a continuación: el del saber en torno a la lengua, cuestión sumamente compleja y que la Sociolingüística no ha considerado aún en todo su alcance.

Concretamente en esta problemática se trata desde luego de un problema central de toda la Sociolingüística, pero que es abordado sólo ocasional y marginalmente en trabajos individuales y hasta el momento no ha sido aún expuesto en toda la significación que para la Sociolingüística tiene. Ese dejar siempre a un lado y tratar marginalmente el problema cabe explicarlo tanto en lingüistas como en sociólogos por el malestar o discordia reinante en torno a la disputada formación de teoría en ese campo. Pero ciertamente la cuestión del «*common sense*» y de la actitud afecta a los problemas centrales y controversias de método en la Sociología.

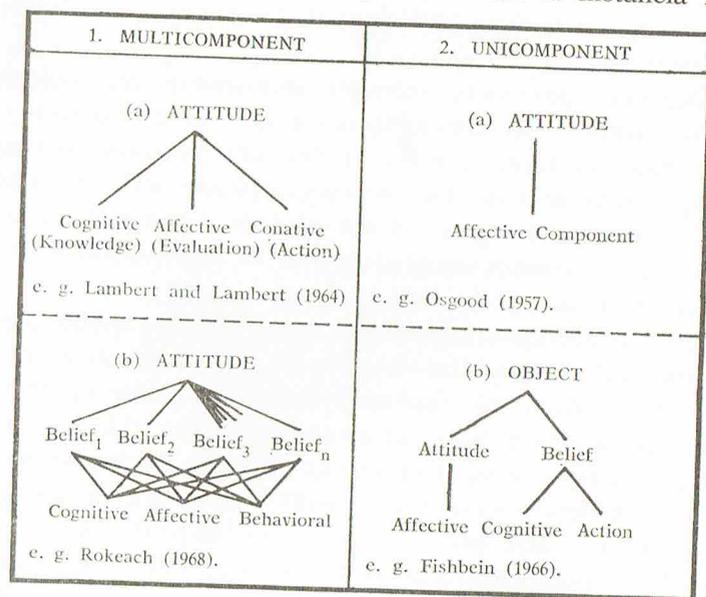
En el tratamiento de esta cuestión hay que señalar tres direcciones: una sociopsicológico-mentalista, otra behavio-

<sup>81</sup> Véase arriba.

<sup>82</sup> Véase pág. 107.

<sup>83</sup> Ver pág. 138.

rista y otra ideocrítico-sociológica (del saber). Véase sinópticamente cómo se ha desarrollado en Norteamérica el debate en torno al concepto de la actitud<sup>84</sup>, independiente en un principio de la problemática lingüística. La «attitude» (actitud) es —así la definía Allport<sup>85</sup>— un «mental and neural state of readiness» (estado mental y neural de disposición o prontitud». La actitud sería, pues, para Allport una categoría sociopsicológica<sup>86</sup>, que marcaría la instancia me-



(Fishman/Agheyisi, 1970, pág. 140)<sup>87</sup>

GRÁF. 6

<sup>84</sup> En este punto sigo a Fishman/Agheyisi, 1970.

<sup>85</sup> Según Fishman/Agheyisi, 1970.

<sup>86</sup> La investigación de frases estereotipadas y prejuicios ha seguido caminos análogos (véase pág. 29, nota 48).

<sup>87</sup> Fishman/Agheyisi, 1970.

diadora entre saber social y comportamiento individual. Esa categoría original de la actitud es, según él, divisible en tres componentes distintos: el efectivo (valoración), el cognitivo (saber) y el conativo (conducta). La relación de esos tres componentes entre sí es enérgicamente discutida.

Frente a esos intentos «mentalistas» de reducir por diversos procedimientos los conceptos de *evaluation*, *belief* y *behavior* a una básica actitud psíquica (*attitude*) está el tratamiento behaviorista extremo del problema de la actitud: no cabe observar instancias psíquicas de intervención (a la manera de productos sociopsicológicos); las actitudes son precisamente lo que puede observarse abiertamente en el comportamiento dentro de unas situaciones sociales<sup>88</sup>. Está claro que en esa concepción conductista extrema no aparecen precisamente los problemas más interesantes, a saber, las discrepancias entre saber exteriorizado (*belief*), valoración exteriorizada (*evaluation*) y conducta real (*behavior*). Al contrario, la dirección sociopsicológica en Norteamérica se ha concentrado precisamente en esas discrepancias entre «attitude» y «commitment»<sup>89</sup>. Pero al margen de la concepción sociopsicológica y de la conductista cabe pensar todavía en un planteamiento fundamental distinto: que el saber acerca de y las apreciaciones de los fenómenos cotidianos —y, por tanto, también de la lengua— pertenecen al ámbito de la supraestructura. Con ello el problema de las actitudes sería desplazado al contexto de la crítica ideológica y de la sociología del saber. El tratar ahora la relación entre crítica ideológica y sociología del saber nos llevaría demasiado lejos<sup>90</sup>. Por eso no se hace más que un

<sup>88</sup> *Ibidem*.

<sup>89</sup> *Ibidem*.

<sup>90</sup> Compárese K. Lenk, *Ideologie, Ideologiekritik und Wissenssoziologie*, Neuwied, 1971

breve esbozo de cómo nuestro problema podría ser planteado desde el punto de vista de la Sociología del saber en el sentido de Berger-Luckmann<sup>91</sup>; según él, acerca de todos los objetos de la vida diaria —por tanto, también acerca de la lengua— se da después un saber cotidiano, que es determinado por una red de estructuras de relevancia. Todo saber queda ya, en consecuencia, determinado por el enfoque. El problema de método, el de cómo puede eliminarse el saber preestablecido a base de un proceso que parte de unas normas de investigación o el de si es precisamente elemento integrante del trabajo sociocientífico y en tal caso no hay que eliminarlo, se repite a la hora de estudiar la lengua<sup>92</sup>. Todas las opiniones acerca de la lengua se remiten a un determinado lugar, el cual se forma por relevancias de tipo económico o/y constitutivo de grupo.

En orden a tratar satisfactoriamente el problema de la actitud probablemente fuera necesario tomar como punto de partida la consciencia lingüística<sup>93</sup>: el hablante puede reflexionar tanto sobre la situación del hablar como sobre las unidades lingüísticas, como comunidades hablantes en tanto que identidades o entenderse con ayuda de exteriorizaciones metalingüísticas (= hablar de la lengua)<sup>94</sup>. La situación del hablar queda en cada caso abierta para ese entendimiento, el entender acerca de unidades lingüísticas y sobre comunidades hablantes no queda abierto en igual medida, sino bloqueado hasta un cierto grado por estereotipadas opiniones tradicionales.

<sup>91</sup> Berger/Luckmann, 1967; consúltese Luckmann, 1969, pág. 1067.

<sup>92</sup> Véanse págs. 161 y sigs.

<sup>93</sup> Consúltese Luckmann, 1969, pág. 1067.

<sup>94</sup> Brigitte Schlieben-Lange, *Metasprache*, Conferencia, Friburgo, 1973.

En la consciencia lingüística se definen las comunidades hablantes o los mismos subgrupos. Continúa inaclorada una cuestión: la de cómo co-actúan la autoestima y la xenoestima, es decir, hasta qué grado es manipulable desde fuera la autodefinición y en qué medida puede imponerse un grupo en su interpretación personal frente a la definición dada desde fuera. Esta cuestión debiera tratarse análogamente a la cuestión de la consciencia de identidad del individuo, que se desarrolla también en la dialéctica de auto-definición y definición desde fuera<sup>95</sup>.

Siendo así que algunos grupos se identifican exclusivamente (comunidades hablantes y minorías) o al menos mediante su lengua, ésta alcanza un alto valor simbólico. Por el hecho de utilizar la misma lengua se hace posible la solidarización<sup>96</sup>. El idioma aparece como garante de la cohesión interna y de la delimitación hacia afuera<sup>97</sup>. Esta consciencia de grupo lingüístico surge casi siempre a raíz de otras estructuras de relevancia, esto es, a raíz de formaciones de grupos de índole política o económica. Pero el proceso a la inversa es también posible: el de crear una consciencia de grupo que existe, consciencia puramente lingüístico-cultural con vistas a dejar fundamentadas las exigencias económicas y políticas. De esos procesos se trató ya con detenimiento en 2.1.2.

Esta consciencia lingüística tiene varios aspectos, que ya han sido observados por la investigación de la actitud, pero desde luego debiéndose hacer la reserva de que la actitud quizás sea demasiado tratada como fenómeno mar-

<sup>95</sup> Compárese, por ej., Ronald D. Laing/H. Phillipson/A. R. Lee, *Interpersonelle Wahrnehmung*, Francfort, 1971 (original, 1966).

<sup>96</sup> Véase pág. 131.

<sup>97</sup> Ver pág. 16.

ginal. Y aparece ahí el ámbito de las «beliefs», esto es, de las *hipótesis cognitivas* acerca de la lengua<sup>98</sup>. No cabe separarlas de las premisas sociales. Por ejemplo, una comunidad hablante, que no pertenezca a ningún grupo político, tenderá a una consciencia lingüística parcelada. Éste viene a ser el caso en los dialectos retorromanos y occitanos<sup>99</sup>. Otro ejemplo: Una división de funciones entre lengua estatal y lengua popular suele venir manteniéndose desde siempre condicionada por el poderío y «porque así lo ha querido Dios»<sup>100</sup>.

La consciencia lingüística implica siempre *evaluaciones* que están en estrecha dependencia de las circunstancias sociales de la comunidad en cuestión. En la mayoría de los casos una comunidad hablante (a lo largo y ancho de todas las capas sociales) distinguirá una forma de prestigio y una forma estigmatizada con algunas fases intermedias. Ello no impide que transversal a esa escala de evaluaciones sociales pueda haber otra escala de valoraciones emocionales, que distinga entre las formas lingüísticas que representan el poder y aquellas con las que uno se identifica emocionalmente<sup>102</sup>. Así, los hablantes de la forma estigmatizada en su autoestima pueden proceder completamente de acuerdo con la muestra axiológica de toda la comunidad hablante, lo que no obsta para identificarse y solidarizarse emocionalmente con su subgrupo<sup>103</sup>.

Un tercer apartado de problemas es, como bien observa la investigación de la actitud, la relación entre consciencia

<sup>98</sup> Compárese Hoenisgwald, 1966; Ferguson, 1959 *b*; Nader, 1962.

<sup>99</sup> Compárese Schlieben-Lange, 1971 *a*.

<sup>100</sup> Consúltese Rona, 1966.

<sup>101</sup> Consúltese Labov, 1966 *b*.

<sup>102</sup> Ver pág. 131.

<sup>103</sup> Consúltese Ninyoles, 1971.

lingüística y *comportamiento actual*. La relación entre ambos no ha hallado todavía una explicación absolutamente satisfactoria. No obstante, se señalan diversas direcciones en las que puede haber implicada una influencia de la conducta a través de la consciencia lingüística. Así, la conducta receptiva puede verse luego influenciada por actitudes hasta tal punto que se fomente o —lo que es más frecuente— perjudique la disponibilidad para entender otros dialectos o lenguas afines en su parentesco<sup>104</sup>. Las actitudes influyen también sobre el comportamiento activo del lenguaje: se imitan y aprenden las formas de prestigio; se descuidan hasta el olvido las formas idiomáticas de las minorías o subgrupos discriminados.

#### SOCIOLINGÜÍSTICA E HISTORIA DE LA LENGUA<sup>105</sup>

Después de haber prescindido el estructuralismo y la gramática tradicional de todas las cuestiones relativas al cambio y a la historia<sup>106</sup>, es precisamente la Sociolingüística la que vuelve a plantear ahora la cuestión de la modificación e historicidad de los sistemas lingüísticos<sup>107</sup>. Esta evolución no es sorprendente, pues en la lengua (como en otros campos) lo social y lo histórico coinciden<sup>108</sup>. Sólo cuando un gru-

<sup>104</sup> Consúltese Haugen, 1966 *b*.

<sup>105</sup> Compárese para ello sobre todo Weinreich/Labov/Herzog, 1968.

<sup>106</sup> Véase pág. 33.

<sup>107</sup> «El carácter procesual de todas las operaciones sociales, la intervención de la memoria, así como la relativa estabilidad del sistema semiótico y de las funciones sociales y pautas de comportamiento le dan, no obstante, a la Sociolingüística (como a la Lingüística) básicamente un componente histórico (Steger, 1971, pág. 35).

<sup>108</sup> Véase pág. 14.